

Presentación

Filosofar sobre el trabajo sigue siendo una urgencia a principios del siglo XXI. ¿Hasta qué punto es el trabajo fuente de la identidad humana? ¿Cómo se relaciona el trabajo con la persona humana? ¿Qué ha de significar el trabajo en la vida de cada persona? ¿Cómo lograr que el hombre se realice como persona por medio del trabajo? ¿Cómo realizar el trabajo de modo que la sociedad se vigore y la vida personal no se degrade? Se nos plantea una compleja problemática.

Exageraba Voltaire al afirmar que el trabajo es la vida del hombre. También lo es el juego y la contemplación y el sueño o el descanso. Pero las personas, en gran parte, se hacen por el trabajo, desde la infancia hasta la ancianidad. Por el trabajo podemos desarrollar muchas de las posibilidades físicas y espirituales que llevamos dentro de nuestra persona. El trabajo es cosa tan antigua como el hombre. Pues somos espíritu y cuerpo, razón y manos.

El hombre ha progresado gracias al trabajo de su inteligencia y de sus manos. Aunque no todo son ventajas. Gozos y penalidades se entremezclan. Los sueños de transformar el mundo por el trabajo nos están llevando a romper el equilibrio ecológico, a poner en peligro la supervivencia del hombre sobre la Tierra. En nombre de la dimensión objetiva del trabajo, un mayor rendimiento económico o producción, unos hombres han esclavizado a otros o, al menos, no han respetado ni respetan su dignidad personal.

No somos robots. El trabajo auténticamente humano tiene un valor ético. Quien lo lleva a cabo es una sujeto consciente y libre, es decir, un sujeto autónomo, que decide por sí mismo. La relación del trabajo con la persona tiene una gran repercusión en la formulación de los importantes problemas sociales que han interesado a épocas enteras. Al hombre no se le debe valorar, en primer lugar, por lo que hace, sino por cómo lo hace. Decía Cervantes que cada uno en su oficio puede alabar a Dios.

El fundamento para determinar el valor del trabajo no es, en primer lugar, el tipo de trabajo que se realiza, sino el hecho de que quien lo ejecuta es una persona, y la perfección y motivaciones con que lo lleva a cabo. La dignidad del trabajo no depende principalmente de su dimensión objetiva, sino de su dimensión subjetiva. Lo más importante en el trabajo es la persona o sujeto del trabajo. Podemos ser esclavos dando clases de matemáticas en una Universidad y hombres libres barriendo sus aulas.

Un trabajo no alienante implica algún tipo de relaciones entre el pensamiento y la acción. Las empresas son comunidades de personas. El objetivo último no debe ser la productividad, sino la persona.

En este número de *Diálogo Filosófico* llamamos la atención sobre la situación actual del trabajo tras los procesos de automatización de las empresas y de globalización económica. Los profesores Juan José Raya Araque, Eduardo Rojo Torrecilla, Félix García Moriyón, Pedro Gómez García y Ángela Uribe Botero tocan problemas y temas que nos pueden ayudar a comprenderla y valorarla con realismo, sin renunciar a un futuro de justicia y libertad, de felicidad para todos los hombres que habitan esta Tierra.

Ildefonso Murillo